
Sociología

La realidad argentina y el análisis sociológico a comienzos del siglo

JOSÉ LUIS ROMERO

DOCTOR EN HISTORIA graduado en la Universidad de La Plata en 1938, el profesor José Luis Romero nació en 1909. Se incorporó a la Facultad de Humanidades de dicha universidad en la cátedra de historia de la historiografía, de la que fue separado en 1946. De 1948 a 1952 enseñó en el Uruguay contratado por la Universidad de Montevideo. En 1951-52 viajó a Estados Unidos, dictando allí conferencias. Fue rector de la Universidad de Buenos Aires desde fines de 1955 hasta mayo de 1956, en que volvió a la cátedra en nuestra universidad, como profesor de historia medieval y moderna. Fue presidente de la Sociedad Argentina de Escritores. Fundador y director de la revista "Imago Mundi" de historia de la cultura. Obras: Maquiavelo historiador (1948), Las ideas políticas en Argentina (1946), La Edad Media (1949), Sobre la biografía y la historia (1945), Argentina, imágenes y perspectivas (1956), Introducción al mundo actual (1956), etc.

EL aspecto heteróclito y los rasgos confusos y contradictorios que presentaba la realidad social argentina al finalizar el siglo XIX, atrajeron la atención de los espíritus inquietos y reflexivos hacia los problemas sociológicos. Acaso pueda llegar a decirse que el sociologismo orientó las preocupaciones intelectuales de este período —como, por lo demás ocurría en Europa—, fijando alrededor de su problemática las más profundas y vivientes preocupaciones. A diferencia de los hombres de la generación del 80, ahora los grupos a los que atraía el trabajo científico acusaban cierta displicencia con respecto a la política. Pero en la medida en que abandonaban la acción —por la que no ocultaban cierto desdén— los grupos intelectuales satisfacían su necesidad de militancia en una crítica insobornable de la actividad política concreta y en un esfuerzo por indagar las fuerzas secretas que la movían y le presentaban sus rasgos peculiares. El sociologismo fue, así, un sustitutivo de la acción, algo así como una

política crítica y ejercitada desde cierta distancia, pero cuya intención distaba mucho de proyectarse hacia la utopía y movía más bien los ánimos hacia una comprensión de las realidades profundas, en cuya entraña debía obrarse si se aspiraba a actuar sobre las relaciones de convivencia.

Fué usual que se distinguiera como primer síntoma de la conmoción social lo que solía llamarse la "crisis moral" Lucio V. Mansilla, que se había expatriado tras la revolución de 1890, volvió al país en los primeros años del siglo y señaló, entre confundido y alarmado, la pérdida de los tradicionales "estambres morales" de la Argentina criolla. El hecho se imponía, y hasta quienes evolucionaban dentro del ambiente local lo advertían. Acaso fue Agustín Alvarez el más severo censor de una sociedad que juzgaba enferma y cuyos males denunciaban con tanta entereza como perspicacia. Ricardo Rojas decía en LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA que "la desnacionalización y el envilecimiento de la conciencia pública han llegado a ser ya tan evidentes que han provocado una reacción radical en muchos espíritus esclarecidos de nuestro país" Pero fué sin duda Juan Agustín García quien enfocó el problema con más rigor científico, acomodando a sus inquietudes ciudadanas sus preocupaciones intelectuales. Escribía en la INTRODUCCIÓN A LAS CIENCIAS SOCIALES ARGENTINAS: "La sociología debe ser una ciencia nacional. El primer problema es determinar las fuerzas sociales que en las diversas épocas han presidido la evolución argentina" Este designio orientó su actividad de historiador y de sociólogo y culminó en *la ciudad indiana*. Fué hombre de extremado rigor en la investigación y de suma prudencia en las generalizaciones; pero tenía una contenida pasión por el tema de su país y de su época. Era explicable, pues el espectáculo, en Buenos Aires sobre todo, convidaba a la reflexión por la novedad de los hechos y la magnitud de sus repercusiones posibles. Por entonces señalaba Carlos Octavio Bunge en NUESTRA AMÉRICA que la población argentina se dividía en tres grandes sectores: la antigua clase directora residente en las grandes ciudades, la gente rural del interior, y el elemento inmigratorio radicado preferentemente en el litoral, sobre todo en la provincia de Buenos Aires. Las relaciones entre los tres sectores se modificaban a simple vista y en términos extremadamente variables, de modo que no sólo era dado observar las mutaciones en la fisono-

SOCIOLOGIA

mía del conglomerado social sino también percibir los cambios en las reacciones emocionales de los distintos grupos frente a las incitaciones del ambiente colectivo. Las actitudes de los observadores del fenómeno variaban. El propio Bunge podía decir esta frase significativa: "El alcoholismo, la viruela y la tuberculosis —¡benditos sean!— han diezmando a la población indígena y africana de la provincia capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos" Para otros —como Agustín Alvarez— la peor calamidad residía, precisamente, en esa tradición española que Bunge, por su parte, consideraba estimable; y muy pronto otros creyeron que el cosmopolitismo surgido de la inmigración arrastraba a males incurables a la sociedad argentina: Ricardo Rojas, en LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA señalaba los peligros porque atravesaban entonces la familia, la lengua, el país todo.

Estas preocupaciones fueron, pues, las que impulsaron las inquietudes intelectuales hacia los grandes planteos de la sociología, y en los grandes sociólogos europeos se trató de hallar el método de análisis e interpretación de una realidad tan original. Comte y Spencer fueron, naturalmente, los autores más solicitados, y a cada uno de ellos dedicó Ernesto Quesada una monografía destinada a difundir su pensamiento. Circulaba por entonces, dirigida por Estanislao Zeballos, la REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS, en las que tales materias hallaban excelente acogida. Y tanto Quesada, como Antonio Dellepiane, Juan Agustín García, Carlos Octavio Bunge y Alfredo Colmo, publicaron en los primeros años del siglo tratados y monografías sobre el estado de la sociología y de la psicología social en el cuadro del saber europeo. La influencia de L'ANNÉE SOCIOLOGIQUE era notoria. A los nombres de Comte y Spencer se agregaban los de Le Play, Vignes y Le Bon, y luego, poco a poco, los de Durkheim, Levy Bruhl y Simmel. La teoría de Taine sobre la influencia del medio ambiente y las ideas históricofilosóficas de Renan y Fustel de Coulanges nutrían también el pensamiento de quienes buscaban las herramientas adecuadas para penetrar en el misterioso y seductor problema de la vida social argentina en un momento de audaces experimentos. Las tres proposiciones sentadas por Bunge en la INTRODUCCIÓN DE NUESTRA AMÉRICA pueden considerarse como típicas del pensamiento de su generación y de su grupo: a) Cada pueblo posee una

psicología social propia; b) La psicología colectiva de cualquier sociedad, aunque susceptible de transformaciones evolutivas, es relativamente neta y estable; y c) Las cualidades típicas que constituyen la psicología social de un pueblo no son privativas de él sino en cuanto a su intensidad y forma. Desde estos presupuestos emprendieron el análisis de su país y de su tiempo.

El hecho que los sociólogos consideraron más significativo fué la singular mecánica política en uso por entonces en el país. Por la originalidad de sus rasgos se la llamó "política criolla", y precisamente cuando el fundador del socialismo, Juan B. Justo, la fustigaba y procuraba contrarrestarla en la acción, Carlos Octavio Bunge creía definirla con estas palabras: "Llamo política criolla a los tejemanejes de los caciques hispanoamericanos, entre sí y para con sus camarillas. Su objeto es siempre conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia sino por el placer de mandar" El fenómeno era de larga data, pero había adquirido nueva fisonomía en el país tras el ingreso de los crecidos grupos de inmigrantes, porque había cambiado el tipo de las clientelas políticas y también el tipo de las relaciones de dependencia. Un nuevo caciquismo se organizaba, y con él una nueva "política criolla" El sociólogo se afanaba por descubrir sus rasgos con objetividad, y aunque con frecuencia se traslucía cierta actitud aristocratizante que alguna vez permitió juzgar como "reaccionariamente democrática" una política que trataba de apoyarse en las clases populares, el criterio predominante fué el de justificar el fenómeno a través de las peculiaridades del medio ambiente.

La teoría del medio debía tentar a sociólogos que se enfrentaban con un proceso de transformación provocado por el acceso de fuertes grupos inmigratorios al seno de una comunidad de definida tradición. Para el sociólogo, para el político y para el observador vulgar, el dilema que se ofrecía a la vida argentina era simple pero decisivo: o la sociedad criolla absorbía plenamente al conglomerado inmigratorio o éste disolvía la sociedad tradicional. Pero los grupos intelectuales de comienzos del siglo, como herederos directos de la generación del 80 y nietos de la generación que había organizado el país desde 1852, pensaban que la sociedad tradicional tenía defectos gravísimos, heredados todos —según pensaban muchos— de la tradición colonial española. Hubo por entonces, ciertamente, un fuerte mo-

SOCIOLOGIA

vimiento antihispánico, pues se atribuía a la Iglesia católica, a las supersticiones y aún a las costumbres españolas el escaso desarrollo económico del país y la perduración del ambiente colonial: tal era, sobre todo, el punto de vista de Agustín Alvarez y de Juan Agustín García. “Los extranjeros —escribía el primero en 1904— nos han mejorado infinitamente menos por la sangre que han mezclado con la nuestra, que por las ideas y los sentimientos superiores que han aclimatado en nuestro espíritu, y por la influencia que esto ha ejercido en nuestro entendimiento de la vida” La gran preocupación de Alvarez era, precisamente, que el medio ambiente de tradición española concluyera por absorber la inmigración extranjera. Carlos Octavio Bunge, en cambio, creía que esta absorción, que estaba seguro que había de producirse, sería beneficiosa para el país, “pues ese elemento inmigratorio —escribía— una vez nacionalizado y acriollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro”, y por su parte, Ricardo Rojas decía en *LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA*: “La anarquía que nos aflige ha de ser pasajera. Débese a la inmigración asaz numerosa y a los vicios de la inmigración. Pero el inmigrante europeo es hoy como el de la época colonial: vuelve a su tierra o muere en la nuestra. Lo que perdura de él es su hijo y la descendencia de sus hijos, y éstos, criollos hoy como en tiempos de la independencia, tienen ese matiz común que impóneles el ambiente americano” Eran distintos resultados de un mismo método y de una misma doctrina. La lectura de Taine, de Renan y de Fustel de Coulanges confluía con la de los sociólogos positivistas en una imagen del contorno espiritual y material de las sociedades que solía expresarse bajo la denominación de “mundo moral” Alojado dentro de esos marcos desenvolvía su vida una colectividad que, poco a poco, creaba en el devenir de la historia su “psicología social” y acuñaba las ideas y tendencias que regirían su vida colectiva. La determinación del “carácter nacional” y de las “ideas predominantes” debía ser, pues, uno de los temas principales del sociólogo.

Juan Agustín García se preocupó por filiar el origen de las instituciones y de las costumbres morales y, entre los resultados de su

estudio, anotó los cuatro factores que él consideró fundamentales de la vida argentina. Eran la fe profunda en la grandeza futura del país, la preocupación económica con exclusión de todo otro interés, el culto del coraje y el desprecio de la ley. Era la época en que José María Ramos Mexía escribía su libro sobre LAS MULTITUDES ARGENTINAS y Lucas Ayarragaray su estudio sobre LA ANARQUIA Y EL CAUDILLISMO. El criollismo parecía robustecerse en la imaginación de los sociólogos, acaso porque se advertía en la realidad la intensa arremetida que sobre sus contenidos espirituales llevaba la ola inmigratoria, pero también porque se observaba la aparición de formas híbridas en las que las tradiciones vernáculas se trasmutaban en el nuevo ambiente creado por la inmigración: así el coraje del gaucho se prolongaba en las actitudes viriles y jactanciosas del hombre del suburbio, del compadrito que destacaba su inconfundible figura en el sainete y en el tango; y las peculiaridades del criollismo parecían seguir vigentes a los ojos de los sociólogos, todos ellos, por lo demás, pertenecientes a una minoría intelectual que se reclutaba, en general, en las filas del patriado. Así, aunque el argentino era ya para entonces un tipo indescriptible a causa de las diversas influencias que comenzaban a cruzarse en él, Joaquín V. González afirmaba que lo que lo distinguía era el ser "ímpetuoso, caballeresco y sentimental", en tanto que, con análogo criterio, sostenía Carlos Octavio Bunge que lo caracterizaban "la pereza, la tristeza y la arrogancia" Más categórico, Agustín Alvarez, en su MANUAL DE PATOLOGÍA POLÍTICA, se atrevía a llamar a las peculiaridades de sus compatriotas, simplemente, las "imbecilidades argentinas"

Quizá haya sido en la afirmación —polémica y generalmente retórica— de lo nacional como se haya manifestado más resueltamente el espíritu del Centenario. A medida que se acercaba la celebración de los cien años de la Independencia nacional maduraban y adquirían inequívoca evidencia los frutos del movimiento inmigratorio. Un aspecto del problema, sobre todo, influyó considerablemente en ciertas repercusiones del problema: la organización de los grupos anarquistas y socialistas que desencadenaron importantes movimientos entre las masas trabajadoras. Se comenzó entonces a hablar de doctrinas exóticas y maléficas; y el coro de elogios convencionales que solía oírse alrededor del tema de los inmigrantes que venían a la-

SOCIOLOGIA

brar la fértil tierra argentina, comenzó a desconcertarse por los celos que suscitaba la "mala inmigración", los "extranjeros desagrados", que organizaban huelgas y difundían doctrinas socialistas o anarquistas. Contra ellos se dictó en 1902 la llamada "ley de residencia" que autorizaba al gobierno a expulsar a los extranjeros "cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público", y en 1910 la "ley de defensa social" que legislaba sobre admisión de extranjeros, asociación de personas para la difusión de ciertas ideas y actos de propaganda y terrorismo. Y aunque tales medidas llevaron alguna tranquilidad a los timoratos, no faltó quien denunciara el alcance de tales hechos. Es revelador el manifiesto que lanzó el partido Socialista en mayo de 1909, con motivo de algunos hechos de violencia y de las explicaciones que dió el gobierno sobre ellos. "El gobierno responsable de la masacre obrera del 1º de mayo —decía el manifiesto— proclama con fruición que casi todas las víctimas eran extranjeras

"Hijo del predominio político de las provincias de tierra adentro, la obra sanguinaria de sus genizaros le parece excelente procedimiento de argentinización. Quiere nivelar el proletariado de Buenos Aires con el de las zonas del país donde es más abyecto y servil; quiere que el nivel mental de los trabajadores de la Capital no exceda al de los inconscientes parias que trae del interior y arma para su nefasta obra de exterminio.

"Es cierto que, con dineros sustraídos al pueblo trabajador, fomenta la inmigración que ha de abaratar la mano de obra. Pero, como trabajadores, no le parecen buenos sino extranjeros sumisos siempre agradecidos a la pitanza que les permite vivir, sin más preocupación que la de llenar las necesidades más elementales.

"Denunciamos ese concepto mezquino y retrógrado como uno de los más grandes estorbos a nuestro desarrollo nacional, como el torpe disfraz que malamente disimula la desenfrenada codicia y las bajas ambiciones de los hombres de la oligarquía.

"Su patriotismo les permite pedir a los patrones extranjeros que manden sus peones argentinos a votar por las facciones de la política criolla; les permite vender el país entero a empresas extranjeras, cuyos abogados son altos personajes políticos, y de cuyos directorios salen ministros y presidentes; les permite también valerse de extran-

jeros para la obra nefasta de la corrupción y anulación del voto argentino. Pero les hace mirar con odio toda altiva reclamación obrera, toda tendencia política genuinamente popular, y en su incapacidad para comprender el movimiento obrero, y adaptar a él sus actividades de clase gobernante, no encuentra argumento mejor que acusarlo de extranjero.

“Denunciamos esa acusación como una baja maniobra tendiente a perpetuar la oligarquía. Los que así hablan son vulgares politicastros para quienes la patria es fuente inagotable de enriquecimiento personal y de vanos honores, que, al agigantarlos, empequeñecen al país; intrigantes hechos a todas las malas artes, desde las elecciones falsas hasta las revueltas simuladas con soldados de línea; pobres espíritus absorbidos por sus menguadas luchas de camarillas.

“El movimiento obrero argentino es obra de hombres nacidos aquí y en otros países, como tiene que ser toda sana actividad colectiva en su país cosmopolita. El movimiento obrero da a todos los hombres del país un alto ejemplo de conciencia histórica y política, solidarizando a los hombres de igual condición social, cualquiera sea su patria de origen. El movimiento obrero hace obra de argentinización librando a nativos y extranjeros de prejuicios de raza, y haciéndolos trabajar de consuno en la elaboración de un más fuerte y más alto pueblo argentino. Circulan ahora en el mundo los sentimientos y las ideas con la misma libertad que los hombres y las mercancías. ¿Cómo podrían entonces alcanzar los nuevos ideales y los nuevos métodos? Si copiamos de Europa las artes y las ciencias, si de allá traemos las semillas y las crías que refinan nuestros cultivos, ¿no son también para este país una bendición las nociones y prácticas importadas que han de sacarnos del pantano de la política criolla?

“Somos los continuadores de la obra de la independencia, y cuando llegue la hora del Centenario, la tierra argentina, fuera de sus trigos y sus lanas nada presentará que la acerque tanto a los pueblos cultos como su agitación proletaria.

“Pese a la clase gobernante, ha de formarse en este país un pueblo trabajador de los más inteligentes y libres del mundo”

Ciertamente, la reacción contra el cosmopolitismo y las agitaciones sociales originó un movimiento fariseico encubierto de nacionalismo. Pero es innegable que un movimiento nacionalista autén-

SOCIOLOGIA

tico, sincero y profundo se desarrollaba en el seno de los viejos grupos criollos, cada vez más alarmados por la influencia de la ola inmigratoria y por el progresivo desvanecimiento de los rasgos de la personalidad nacional.

Fue el uruguayo José Enrique Rodó quien pronunció —en Ariel— las primeras palabras de alarma contra la “afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aun débil”; el fenómeno suscitó en el ánimo del ilustre ensayista un sentimiento de aristocracia, porque creyó que entrañaba la “degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad” Y tras las huellas de Rodó algunos grupos autóctonos comenzaron en Argentina, como en otros países del continente, a afirmar su arielismo, su sentimiento minoritario, aristocrático y espiritualista, modelado en áspero contraste con el poco elegante apremio de quienes llegaban a hacer la América”

Ricardo Rojas expresó ese sentimiento con profundidad, sólidos fundamentos y justa medida en LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA. Recogiendo la apesadumbrada pregunta de Sarmiento relacionada con el mismo problema: “¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello” Rojas decía: “Antes de que la respuesta pueda ruborizarnos, apresurémonos a templar de nuevo la fibra argentina y vigorizar sus núcleos tradicionales. No sigamos tentando a la muerte con nuestro cosmopolitismo sin historia y nuestra escuela sin patria.” Esta actitud entrañaba un nacionalismo, pero no el nacionalismo fariseo de quienes se ocultaban los problemas del país, ni el nacionalismo agresivo de quien se jacta de una superioridad no probada. Había en él una reacción sentimental —la de “los que a fuerza de ser argentinos empiezan a sentirse extranjeros en su propia patria”—, pero había sobre todo una apreciación objetiva y clara del problema, que concluía en un pronóstico y en una programática para su solución.

Sin embargo, no fué la ola creciente del cosmopolitismo lo único que desencadenó el sentimiento nacionalista. Rodó lo tradujo también en otros términos cuando lo concibió como una oposición a Estados Unidos y al practicismo norteamericano. Diez años antes, sin embargo, los representantes argentinos a la primera Conferencia Panamericana reunida en Washington en 1889 ya manifestaban la orgullosa decisión argentina de no aceptar la tutoría de Estados Unidos.

Manuel Quintana y Roque Saénz Peña levantaron su voz contra las pretensiones hegemónicas enunciadas por el secretario de Estado, Blaine, y definieron un innegable sentimiento de resistencia frente a su país, que era ciertamente compartido por muchos. Acaso esconda cierta clave de ese sentimiento un párrafo de la crónica que, sobre la conferencia, envió José Martí a LA NACIÓN de Buenos Aires: "Son acá levadura viva los celos de Inglaterra—escribía—, y el *Sun* maligno, aliado demócrata de Blaine, denuncia a los que se le opusieron en la sesión como "empleados e instrumentos de Inglaterra"; pues, en efecto, buena parte de aquella resistencia contra Estados Unidos nacía en ciertas elites argentinas de su solidaridad con Inglaterra y de su consustanciación con los modos de vida ingleses. Pero de todos modos, nació de esta extraña coyuntura una manifestación de nacionalismo latino, que se lanzaba contra los admiradores del utilitarismo norteamericano y detractores al mismo tiempo de la tradición española. Tuvo ese sentimiento ocasión de precisarse con motivo de la guerra de Cuba en 1898, y por esa época desarrolló Rodó en ARIEL su antinomia entre utilitarismo e idealismo que arrastraba la contraposición entre la América latina y la América española.

La celebración del Centenario forzó las posiciones frente a la realidad nacional. Se afianzaron en sus convicciones quienes, a la luz de severo análisis, renegaban de las tradiciones hispanocriollas, y siguieron esperándolo todo del ejemplo anglosajón; se robustecieron en sus ideas los que temían la influencia del cosmopolitismo y propiciaron una política de decidida absorción de la población de origen extraño; y no faltaron quienes cerraron los ojos a todo examen y se dejaron ganar por un optimismo fácil y un conformismo superficial, que derivaron en formas groseras de patriotismo muy a tono con las formas externas del regocijo oficial propio de la fecha. En EL JUICIO DEL SIGLO, Joaquín V. González reseñaba con rara objetividad y aguda penetración las alternativas de nuestra evolución histórica, y señalaba al final que "aunque a veces hubiera pretendido con tenaz empeño apoderarse de la opinión la tendencia chauvinista, tan llena de peligros y falsas sugerencias, ella no ha pasado de esferas secundarias" Pero ciertamente predominaron esas esferas secundarias por encima de las opiniones ponderadas y críticas precisamente en ocasión del Centenario. La retórica oficial acuñó definitivamente el tópico de "la

SOCIOLOGIA

grandeza nacional", de nuestro envidiable destino y de nuestras innatas virtudes; y grupos irresponsables desataron una ola de xenofobia como complemento aparentemente indispensable del orgullo oficial. La idea de la patria adquirió un valor convencional en las frases hechas; pero arrastraba un sentimiento auténtico e innegable que ganaba los corazones y operaba en el complejo social como un vivo estímulo para la reducción de lo heterogéneo en lo homogéneo, para la absorción de los grupos humanos de diverso origen en la colectividad. Era el sentimiento de confianza profunda que había comenzado a obrar en un poeta de tradición anarquista, Leopoldo Lugones, y que lo movía en 1910, en la primera de sus ODAS SECULARES:

*Patria, digo a los versos de la oda
Como aclamantes brazos paralelos,
Te levantan Ilustre, Unica y Toda
En unanimidad de almas y cielos*

El robustecimiento del patriotismo pareció a muchos el arma necesaria para contrarrestar los peligros de aluvión cosmopolita. Como presidente del Consejo Nacional de Educación, José María Ramos Mexía echó las bases de una reforma destinada a transformar la escuela elemental en un eficaz instrumento de acción para lograr la incorporación profunda y sincera de los hijos de inmigrantes a la colectividad nacional. El nacionlismo fué una respuesta, una convicción elaborada en la experiencia, y adquirió un aire combativo y dinámico. Ricardo Rojas, enviado por el gobierno a Europa para interiorizarse del desarrollo de los estudios históricos —“problema relacionado con los más vitales intereses de nuestra nacionalidad”, decía— defendió en el informe que elevara y que luego reelaboró y publicó con el título de RESTAURACIÓN NACIONALISTA en 1909, la urgente necesidad de rever los principios fundamentales de la educación argentina. Y con amplia doctrina y profundo convencimiento, afirmó que una educación basada en la historia era el único camino capaz de crear el sentimiento colectivo que el país requería para fundir sus heteróclitos elementos.*

* Este artículo es un fragmento del libro titulado PANORAMA DE LAS IDEAS CONTEMPORÁNEAS EN ARGENTINA, próximo a aparecer, en la colección “Historia de las ideas en América”, publicada por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y editada por el Fondo de Cultura Económica, de México. — (N. de la D.).